

MICHEL ANDREA VERGARA LOZANO

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

El frío recorre cada una de mis fibras y los músculos de mi cuerpo no logran moverse más que unos cuantos milímetros, arrojando grandes corrientes de dolor a cada una de mis terminaciones nerviosas. Mi cabeza, o quizás el mundo, da vueltas sin detenerse, el tiempo fluye como el agua que logro escuchar a la distancia, mi respiración es cada vez más pesada y siento que parte de mí se desintegra con cada minuto, como si alguien tomara todo aquello que alguna vez fui y lo arrojara a un devenir impredecible de la oscuridad que me rodea.

Aquella sensación tan familiar de desarraigo se ha convertido en mi sombra, que ha sido mi fiel compañera desde la edad de catorce años cuando mi madre y yo tomamos unas cuantas mudas de ropa, a mi hermana pequeña en brazos y la foto de mi padre asesinado once años atrás. Jamás

miramos de nuevo a aquellos que dejamos ni a las tierras de Charambirá en el Chocó lugar maldito por los ríos de sangre, cuyos caudales doblagan todo aquello que por su vitalidad tiene la mínima esperanza de sobrevivir al olvido del mundo. Pronto nos convertimos en una cifra más de los tantos desplazados del país, un grupo de personas cuyos nombres e historias no son conocidos, solo el número de la desgracia.

Ingenuamente, creímos que nuestra vida tomaría un nuevo rumbo en Bogotá, ciudad de oportunidades y de puertas que son abiertas tras unos cuantos golpes en la madera, visión que muchos incautos de los pueblos más alejados asimilan como la luz entre las tinieblas de los grupos al margen de la ley y de las pandillas que aterrorizan cada hogar y corazón. Sin embargo, esto se desmoronó fácilmente y el castillo de ilu-

\* Primer premio del Concurso de Cuento para Bachilleres 2017.



siones se cayó sin que pudiéramos reconstruirlo; fueron semanas extenuantes, con el sonido insatisfecho del hambre y la lluvia sobre nuestras cabezas, vendiendo dulces en los buses y pidiendo ayuda en la calle con un cartel de cartón que habíamos sacado de la basura. Los llantos de mi hermana se volvieron cada vez más intensos, el dolor se acentuó y la desesperación inició lentamente a carcomer mi conciencia. En ese punto estaba dispuesto a trabajar en cualquier cosa, incluso la delincuencia parecía un camino rápido y satisfactorio.

Tal vez mis ruegos fueron oídos y los hilos del destino me unieron sin remordimiento a la vida de esos hombres, o quizás también el ser humano posee la capacidad innata de percibir a una persona cuya moralidad flaquea, convirtiéndome sin darme cuenta en presa segura de la telaraña del microtráfico. Aún hoy, que estoy tratando de recordar cada paso que me llevó a este estado, no tengo claro en qué momento inicié con mis actividades de entrega y recepción, solo sé que el dinero, que ahora veo como sucio, logró que mejoráramos un poco nuestra vida. Pero esto conllevó un precio que tuve que pagar, mi propia humanidad se esfumó desde el primer momento en que me dieron un arma; la sensación de poder y libertinaje me saciaron hasta que esta dejó de ser solo un adorno más en mi atuendo y pasó a ser un elemento usado unas cuantas veces. Eran órdenes, obligaciones, unas que no podía desobedecer; al menos ese era el mantra que repetía cada día para convencerme de que en el fondo no disfrutaba lo que hacía.

Algunos meses transcurrieron. Mantenía un rango bajo dentro de la larga jerarquía de matones, pero esto me era indiferente, consideraba por aquella época que mi trabajo requería gran responsabilidad; lo que nunca consideré fue el hecho de que era usado como un juguete: debido a

las escasas consecuencias que debía enfrentar si era atrapado en mis labores, la edad siempre fue un buen escudo. Pero toda esta felicidad aparente se esfumaba cuando recorría las calles con el fin de llegar donde mamá estaba, todos los caminos tan solo me demostraban la vida a la que habíamos sido condenados: personas muriendo en la calle, con sus cuerdas vocales destrozadas a causa de los gritos que clamaban ayuda, su alma cubierta de una capa de odio y resentimiento, mientras la indiferencia de las personas se convertía en la única forma de evitar el constante sufrimiento de permanecer con los ojos abiertos.

Siempre que tenía esos pensamientos, llegaba una palabra a mi mente... *Mokita*, la palabra que alguna vez leí en mis años de estudio, aquellas letras que en Nueva Guinea significan aquello que todos saben, pero de lo que se niegan a hablar, como en el caso de la realidad colombiana.

El tiempo prosiguió en su marcha. Continué engañando a mi madre sobre la procedencia del dinero que otorgaba a la familia y el asesinato se convirtió en una rutina de mis días de trabajo. Pero no toda estabilidad puede perdurar y los últimos recuerdos lúcidos que vuelan en mi mente son aquellos del 5 de mayo de 2015. Mi objetivo: el líder de una de las organizaciones que trataban de tomarse la parte occidental de la ciudad. Quizás debí ser más cuidadoso, pedir refuerzos una vez concluí que sería imposible ganar; sin embargo, ahora que puedo verlo con más claridad, una parte de mí quería morir y esos seis disparos que retumban en mi cabeza son en el recordatorio de la aceptación de la culpabilidad.

Nunca quise ser aquello en lo que me convertí, pero el mundo me arrojó a eso, al igual que a los hombres que me tiraron al río. Ahora lo escucho con claridad, el sonido no proviene de la distancia. Sigo sumergido en las turbias aguas. ■